

sobre Naciones Unidas, que sus congéneres de los países desarrollados;

más o menos las dos terceras partes (62.4%) de los artículos informativos sobre la ONU transmitidos por la prensa, radio y televisión se presentan en forma de noticias directas, sin que se agreguen comentarios o antecedentes sustanciales.

la televisión parece concentrarse al máximo en asuntos dramáticos de controversia política;

alrededor del 30-40% de la información sobre la ONU proviene directa o indirectamente de las grandes agencias internacionales de noticias, como Associated Press, United Press International, Reuters;

más del 50% de la información sobre asuntos y eventos de la ONU probó ser información de interés doméstico en los países respectivos;

la parcialidad contra la ONU se expresa menos a través de comentarios adversos que por medio de la falta de publicidad otorgada a los asuntos y eventos de la ONU;

los medios informativos de los países en desarrollo muestran mayor interés que los medios informativos de los países desarrollados en las políticas y actividades de las Naciones Unidas relacionadas con asuntos que afectan directamente su desarrollo;

por el contrario, cuestiones políticas mundiales que involucraban las políticas de las grandes potencias recibieron relativamente menos cobertura por parte de los medios informativos de los países en desarrollo que los de los países desarrollados;

en la actualidad, difícilmente se encuentra una política informativa común entre la ONU y las agencias especializadas, y la coordinación entre sus servicios informativos es rudimentaria.

Para una organización con el potencial de Naciones Unidas, estas conclusiones son más bien desalentadoras. Parece obvia la falta de una panacea que pueda remediar esta situación de inmediato. Sin embargo, tampoco hay duda de que sobre Naciones Unidas pesa la responsabilidad de dar los primeros pasos para corregirla.

La bibliografía (de la obra) es sumamente impresionante; incluye tanto reportes técnicos de la ONU como materiales de interpretación publicados en varias partes del mundo. Se trata de una obra de referencia sumamente útil.

ELISABETH BRAUN

Traducción del inglés: EDUARDO DELGADO JUÁREZ

ARMAND MATTELART, *Agresión desde el espacio: cultura y napalm en la era de los satélites*. Buenos Aires, siglo XXI, Argentina, 1973.

Se ha vuelto tendencia común afirmar que la inventiva científica del hombre ha rebasado su preparación para enfrentar las consecuencias integrales del avance tecnológico. Sin embargo la declaración, tan en voga,

con demasiada frecuencia se detiene en el mero enunciado superficial de una "sensación" de malestar ante esta contradicción. En los Estados Unidos, epicentro del desarrollo tecnológico, diríase que la opinión pública trota en el círculo vicioso que produce la percepción de la incongruencia entre ciencia y deterioro de las condiciones de vida individuales y colectivas y la imposibilidad para enfrentar el reto dialécticamente. Cuando esto sucede, la sociedad norteamericana encara un hecho angustioso: la inoperatividad de un sistema educativo que no proporciona los instrumentos para resolver una crisis existencial de dimensiones históricas.

Antonio Gramsci afirmó que crear una nueva cultura "no significa hacer sólo individualmente descubrimientos *originales*, sino también, y especialmente, difundir críticamente verdades ya descubiertas, *socializarlas*, por así decirlo, y por tanto convertirlas en bases de acciones vitales, elementos de coordinación y de orden intelectual y social. Que una masa de hombres sea conducida a considerar unitariamente el presente real es un hecho *filosóficamente* mucho más importante y *original* que el hallazgo por parte de un *genio* filosófico de una nueva verdad que se conserve como patrimonio de pequeños grupos intelectuales." Así, nueva cultura y el proceso de su construcción implican el surgimiento de una conciencia política ante el comportamiento de las fuerzas rectoras del orden social.

Esta batalla por el nuevo conocimiento, por la nueva cultura, se libra ya en los Estados Unidos. La difusión de verdades críticas sistemáticamente presentadas al pueblo norteamericano es una de las misiones que se ha fijado la nueva izquierda estadounidense, de donde se desprende su enorme peligrosidad para el *establishment* que, obvio es decirlo, reacciona con ferocidad ante el proyecto.

Paradójicamente, si hay un mito característico de la cultura americana es, precisamente, el de la *información*. En las raíces de la concepción democrática de la vida comunitaria se encuentra con gran solidez el precepto de la libertad de conocimiento. El camino recorrido por la sociedad estadounidense, la historia de su trayectoria político-económica, impidió la realización de ese ideal. La estructura monopólica de la economía del país se proyectó también hacia la manipulación y control de la información. No en balde se habla ahora de la *knowledge industry* como uno de los bastiones del complejo financiero-militar.

Las fuerzas en el poder emiten información a borbotones; nunca se había podido saber tanto sobre tantas cosas al mismo tiempo, pero el bombardeo evita siempre la *sistematización* y la comprensión dialéctica de los fenómenos divulgados. Si esta desorientación programada se vive en la metrópoli, ¿qué puede esperarse de Latinoamérica, donde no hemos sino recibir, día a día, los reflejos intermitentes de esa crisis?

En Chile empieza a surgir una respuesta intelectual a este caos regido con mano de hierro desde el exterior. Como resultado de ello, salen ya de las prensas estudios que proponen una percepción global de los fenómenos de dependencia que padecemos y que implican, necesariamente, una apreciación crítica de nuestros vínculos con los Estados Unidos.

El libro de Armand Mattelart se enfrenta a la "industria del conocimiento" como un hecho integral. Toynbee podría decir, y creo que lo ha

hecho, que si en el pasado reciente el control de las vías acuáticas definió el poderío político militar, hoy y en la próxima centuria la clave está en el espacio. En el campo de la información esto es absolutamente exacto. Si el ciudadano medio de los Estados Unidos todavía no comprende cabalmente las dimensiones de las fuerzas que están detrás del programa de TV que vio anoche, de la película que verá mañana, del libro recién comprado, del disco nuevo, del *comic* o del cassette, para el latinoamericano la captación unitaria de la operación cae en el campo de lo metafísico. Hasta entre los estudiosos de los procesos sociales, ni que decir de los dirigentes políticos, se encuentra una reticencia a encarar las abrumadoras realidades del poder que se encuentra detrás de todo esto. En este sentido, el estudio de Mattelart es un impacto psicológico dirigido a atar cabos en la mente del lector. De su lectura se desprende que el *caos* no existe sino en el receptor, en la sociedad latinoamericana educada (¿debemos decir autoeducada?) para no reconocer los proyectos programados del emisor.

En los Estados Unidos la incredulidad popular ante la evidencia de su manipulación puede encontrar su más fuerte sostén en la resistencia psicológica a aceptar el fracaso de un modelo de vida que alguna vez se creyó superior; entre los latinoamericanos tal vez habría que hablar de un temor vergonzante ante lo que parece perfilarse como la absorción por parte de un organismo profundamente hostil y que en su poderío resuena a Apocalipsis.

Los hechos están ahí y hay que asociarlos. Las compañías transnacionales, de las que nuestros políticos hablan siempre en abstracto, operan en el terreno concreto de la cotidianidad. *Agresión desde el espacio* nos introduce en un laberinto de cifras y correlaciones para llevarnos a la solución del acertijo. No es fácil aceptar que el mismo *trust* que produce *napalm* se presenta en el mercado con el más bello modelo de pluma fuente, con el programa de televisión más refinado y con la historieta más ridícula que está en todos los quioscos de América Latina; que la misma corporación que edita libros de vanguardia controla la mafia de la industria disquera y distribuye cada mañana seis millones de bizcochos en la ciudad de Nueva York, mientras su presidente se sienta mensualmente en las reuniones de más alto nivel del Pentágono. Al insistir en que aceptemos la racionalidad de estas hebras sueltas, Mattelart nos obliga a leer con dolor y angustia. El libro es, por tanto, definitivamente subversivo.

JORGE ALBERTO LOZOYA
El Colegio de México